

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“El concepto del descubrimiento”

p. 89-94

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL CONCEPTO DEL DESCUBRIMIENTO

Con motivo de la inauguración de la Escuela Normal de Saltillo, Coahuila, tierra natal de Don Carlos Pereyra, fué invitado para pronunciar un discurso en dicho acto. Esta ceremonia tuvo lugar el 5 de febrero de 1909. Los conceptos que el distinguido historiador, sostuvo refiriéndose a los conquistadores y descubridores españoles fueron los siguientes:

“En la crisis pedagógica que pasamos, no es el menor desasosiego que tenemos el que nos causa la violenta campaña de difamación iniciada ya hace largos años y seguida con encarnizamiento contra nuestra sangre y nuestra raza. Antes de que fuese moda confesarnos inferiores y arrodillarnos ante pueblos extraños, diciéndonos impotentes para la civilización, un conjunto funesto de errores, que al cabo se han convertido en imposturas, quiso que nosotros mismos diésemos en llamarnos pueblo conquistado. Y de esta suerte, ni por la formación étnica ni por la historia de nuestra unidad política, nos concedemos el valor que tenemos y que debiera ser declarado con orgullo. No; no somos pueblo conquistado; no somos pueblo inferior. Evocad todas las grandes oleadas de expansión civilizadora, desde la de los Fenicios hasta la que dominó el Far West americano, y si contempláis los siete siglos de la colonización helénica, la romanización que abarcó un mundo desde la Dacia hasta las columnas de Hércules, el esplendoroso imperio arábigo, las repúblicas de Génova y Venecia que resucitaron las plutocracias púnicas henchidas de riqueza y desbordantes, de cultura, el imperio colonial



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

inglés y la actividad mercantil de Holanda, veréis que todo esto es grande; pero que en la epopeya de la Humanidad tienen también derecho a un canto los portugueses de Vasco de Gama y los españoles de Núñez de Balboa”.

“Hijos de los nuevos argonautas, nuestros antepasados llegaron a esta tierra con el arma al brazo. Yo no encuentro inferior en interés emocionante la ocupación de los vastos territorios mejicanos del Norte por nuestros padres a la ocupación de los vastos territorios del oeste norteamericano por el pueblo vecino. La voz de Prescott nos ha dicho que en Cortés la humanidad anglosajona admira a un héroe colosal; pero no se nos ha dicho todavía por la voz de otro gran historiador como Prescott que los fundadores de nuestra nacionalidad fueron de la estatura del caudillo extremeño. Pudieran decirnoslo, sin embargo, con la misma justicia con que encarecen las hazañas de los combatientes que enrojecieron de sangre guerrera el lago de Texcoco”.⁶³

Si se comparan estas expresiones de Pereyra con lo que manifestara el mismo autor en su obra “*Historia de Coahuila*”, sobre cuestiones referentes a España, se nota que sus prejuicios antiespañoles tienden ya a desaparecer.

Pereyra, entre las gentes de habla castellana, fué uno de los que hicieron mayor derroche de crítica, de entusiasmo y de dialéctica para hablar de la importancia de la obra de España en América. Nadie, con excepción tal vez de Ricardo Majó Framis, logró en el mundo hispánico expresarse con mayor entusiasmo de la obra del descubrimiento y conquista de América. Y como si esto no bastase, aún le sobró brío crítico para adentrarse en el estudio de la colonización americana. Además de haber hecho esto, puso su laboriosa dedicación al servicio de una labor revisionista de los problemas de la América contemporánea. Aun cuando en Pereyra muy

63 Angel Dotor, “Carlos Pereyra y su Obra”, págs. 28 y 29.



C O N C E P T O D E L D E S C U B R I M I E N T O

a menudo la erudición se enseñoreaba de su espíritu, su preocupación primordial apuntada más allá de un mero conformismo intelectualista. Aspiraba, sobre todo, a dar al mundo iberoamericano conciencia de su fuerza y de su significación mostrándole la autenticidad histórica con toda su magnificencia.

Profundo admirador de Rembrandt, don Carlos manejó la técnica pictórica del gran holandés, aplicándola a la historiografía. No es que se hubiere inspirado en él, lo que sucedía era que aun sin proponérselo —por una cualidad ingénita en Pereyra, usaba a veces, al reconstruir un cuadro histórico, tal maestría en el uso de las sombras y las luces, que lo emparentaban a Rembrandt.

Don Carlos Pereyra siente como don Marcelino Menéndez y Pelayo, una profunda indignación contra todos los que atacan la gloria de España:

*Lo corriente y lo vulgar en Europa y en América, lo que cada día se estampa en libros y papeles, es que la gloria de Colón es gloria italiana o de toda la humanidad, excepto de los españoles, que no hicieron más que atormentarle y explotar inicua y bárbaramente su descubrimiento, convirtiéndolo en una empresa de piratas. Esta es la leyenda de Colón, y ésta es la que hay que exterminar por todos los medios, y hacen obra buena los que la combaten, no sólo porque es antipatriótica, sino porque es falsa, y nada hay más santo que la verdad”.*⁶⁴

Impotente sin embargo Pereyra para llegar a un eclecticismo que armonice la grandeza de Colón con la gloria del esfuerzo español, pasa a la posición extrema del españolismo:

⁶⁴ Carlos Pereyra, “Historia de la América Española”, tomo primero, pág. 98.



RESCATANDO EL SANTO SEPÚLCRO

*“Colón era, en realidad, un genio, y a pesar de su escasa disciplina, se muestra admirable por sus adivinaciones. Pero no era un genio entre idiotas ni entre ignorantes. Y, sobre todo, no era un cordero entre lobos...” “Colón andaba con la capa raída, y se trajeaba de nuevo con lo que le daba la compasión; pero, mal vestido o vestido de caridad, era más rey que los reyes, no habituados, por tanto, al regateo; él, un italiano, con mañas y acaso con sangre de judío; un genovés, un temperamento fuerte, para quien era desconocido aún como representación el choque grosero que en un temperamento fino produce la ajena concupiscencia”.*⁶⁵

Si alguna vez había profesado cierta admiración por Colón, después se levanta indignado contra el Descubridor para no ver en su figura sino lo opuesto al héroe desinteresado:

*“La dureza de Colón estaba constituida por el egoísmo personal y por la injusticia del hombre negado para el amor. Sus afectos no salieron del círculo cerrado de la consanguinidad. No fué amante. No fué amigo. Su gratitud sólo figuró en escritos de argumentación y con fines retóricos. Su egoísmo tenía una estrechez inverosímil y una dureza de mármol. Era la torva codicia judaica de un logrero. Era la malevolencia que nada perdona. Todo prójimo fué un enemigo; todo inconforme, un rebelde; todo émulo, un traidor a la ley imperiosa del monomaniaco poseído de su propia grandeza, de su propia virtud y del concepto aberrante que imponía su interés como ley universal”.*⁶⁶

Le quedan sin embargo resabios de su antiguo culto a Colón, y siguiendo al barón de Humboldt, siente toda la emoción poética que embriagaba al descubridor del Nuevo Mundo:

65 “Historia de la América Española”, ob. cit., págs. 52 y 53.

66 “Historia de la América Española”, ob. cit., págs. 155 y 156.



CONCEPTO DEL DESCUBRIMIENTO

*“Pero Colón es, ante todo y sobre todo, un poeta. Es el primero y más grande de los poetas del Nuevo Mundo; el que mejor ha pintado los aspectos de su naturaleza. Humboldt tenía por Colón una admiración muy justificada, pues él, que sintió tan hondamente las bellezas de la América equinoccial, media la altura de las inspiraciones poéticas de Colón. Y nunca se elevó éste a una magnificencia tan grande como la que empleaba para describir la tempestad frente a Veragua: “Nueve días anduve sin esperanza de vida. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hacia un cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso; un día con la noche ardió como forno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si no había llevado los mástiles y velas; venían con tanta furia espantables, que todos creían que me habían de fundir los navíos. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía, salvo que reseguendaba otro diluvio”.*⁶⁷

Si bien es cierto que a Colón no le niega su importancia como hombre de acción, cree sin embargo que la gloria del descubrimiento, corresponde fundamentalmente a hombres como los Pinzones, a cartógrafos como Juan de la Cosa, a navegantes como Diego de Lepe y Rodrigo de Bastidas. O dicho en otros términos, esa gloria debe ser para *“la figura estoica del marino español y del labriego español —del héroe anónimo—, que es, en realidad el autor de todo ese movimiento de expansión”*.

Pero no puede negar a Portugal la importancia de su esfuerzo. El apellido de don Carlos y su culto por el mundo lusitano, hacen pensar que posiblemente tenía en las venas sangre portuguesa. En efecto ¡con qué brillantez expresa sus emociones!:

67 “Historia de la América Española”, tomo segundo, pág. 151.



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

¡Oh, Crónica! Tú, madre del Poema, viste a Don Manuel presidiendo el Senado de las barbas de nieve y de las calvas ilustres que forman el Consejo de un monarca. Tú le viste en el momento de la resolución suprema. Y tú nos cuentas —¡oh Crónica novelera!— que pasaba frente al rey un caballero. El rey tenía los ojos bajos. Meditaba. De todo eres capaz —¡oh Crónica!— hasta de contar que medita un Don Manuel. . .

Y entonces. . . ¿Pero para qué quitarte la palabra? Tú has dicho —sólo tú sabes decir estas cosas— que “como levantase el rey los ojos, acertó a atravesar la sala Vasco de Gama, caballero de su casa, y de noble generación, hijo de Estevão de Gama, veedor que fué de la casa del rey Don Alfonso. Y Don Manuel al instante resolvió que el camino de la India fuese buscado por aquel “Homem prudente e de bon saber, e de grande ánimo para todo bon feito”.⁶⁸

⁶⁸ Carlos Pereyra, “La Conquista de las Rutas Océánicas”, págs. 235 y 236.